

Durante muchos años venideros veremos en Parla-mentos y periódicos exhumar el recuerdo de la Bél-gica asolada por las hordas germánicas para reducir á silencio á los enemigos de toda militarización. Mu-chos de los periódicos que andan por el mundo sub-encionados por los Krupp de todos los países halla-rán en la destrucción de Bélgica un tema eficaz para vender cuantiosos armamentos. Aunque Alemania no pueda anexionarse á Bélgica, por lo menos el re-cuerdo de su tragedia quedará anexionado al sistema de propaganda comercial del kruppismo.

Ciertamente, nadie desea que su país se convier-ta en una segunda Bélgica. Pero sería locura suponer que todos los países se hallan en el mismo grado de exposición. Si el Gobierno de Honduras anunciara al mundo que se proponía decuplicar sus armamen-tos para no correr la suerte del pueblo belga, la de-claración haría sonreír al mundo y alborozaría á los fabricantes de cañones y fusiles. En el caso de Espa-ña, es evidente que el ejemplo de Bélgica no puede servir de lección. Nadie nos amenaza, ni las relacio-nes con los países más próximos han dejado de ser corteses en estos últimos años, ni nada indica que después de la guerra dejen de serlo. Al contrario, todo anuncia que estas relaciones han de ser más íntimas intelectual, económica y políticamente. Sien-do esto así y no concibiéndose el propósito de inter-venir en la guerra, ¿qué útil finalidad pública puede tener esta acumulación de armamentos?

Pero aun admitiendo el absurdo de que entre Es-paña y Bélgica exista paridad geográfica ó política, queda en pie la cuestión de si España puede armarse eficazmente «para cualquier contingencia». Supuesta la necesidad de una fuerte organización militar, falta ver si hay posibilidad para ello. La máxima lección permanente de esta guerra consiste en que su factor capital no es el hombre, sino la máquina. Suponien-do que todas las demás condiciones sean iguales, será más fuerte el país más industrializado, el que en igualdad de tiempo pueda fabricar más cañones y más explosivos. Si un país como España, cuya indus-tria está en la infancia, fuese atacado por otro país de tanto desarrollo industrial como Alemania, Ingla-terra, Francia ó aun Italia, podría hacer con nosotros lo que los alemanes han hecho en Bélgica, Polonia y Servia. Contra esta posibilidad no hay por el mo-mento remedio. Por muchos que fueran los millones de hombres que se pusieran en pie de guerra y por muy heroico que fuese su valor, de nada servirían si tras ellos no se alzaban grandes fábricas encarga-das de renovar continuamente explosivos y cañones. Más que los soldados, puede decirse que la guerra la hacen hoy los mecánicos, y no desde las fortale-zas, sino desde los talleres.

Esto no puede improvisarse ni comprarse. Es un error creer que un país poco industrializado puede adquirir en el extranjero elementos mecánicos sufi-cientes para una guerra con otro país muy industria-

lizado. En primer término, un país de industria rezagada suele ser fatalmente pobre, y esto limita su capacidad de compra. En segundo término, por mucho material extranjero que se acumule antes de una guerra, siempre será insuficiente, sobre todo en vista del enorme consumo de municiones que se hace en la actual. Prepararse para una guerra no puede significar, después de la presente, un simple amontonamiento de cañones y municiones, sino contar con fábricas especiales propias y con fábricas generales que en un instante dado puedan transformarse en productoras de material de guerra. La fuerza ha de nacer de dentro, de la constitución industrial del país. En caso favorable puede un país nutrirse bélicamente de otro extranjero, como hacen Inglaterra y Francia con los Estados Unidos; pero esto supone un dominio absoluto de los mares, y además, de poco serviría esta ayuda si Francia é Inglaterra no se hubieran transformado en inmensas fábricas de armamentos.

En consecuencia, un país podría llegar á estar más seguro si invirtiese en el fomento de su industria el dinero que gasta inútilmente en armarse con los productos de la industria ajena. No sólo en el fomento de su industria militar, sino de toda clase de industrias. Para la defensa nacional, más útil que inundar el país de cañones, fusiles y cartuchos extranjeros, hubiera sido aplicar el importe de estas compras al trazado de nuevos ferrocarriles, estraté-

gicos ó no, y todos lo son á la hora de la necesidad; á hacer el crédito asequible á todo hombre de empresa; á informar al público de las industrias que sería oportuno establecer en España, estimulándolas quizás con una reducción de los impuestos á que estuvieran sometidas, y á una exposición y hasta á una escuela de los productos más necesarios que enviaban aquí y á otros mercados los Imperios centrales. Desarrollando la industria—aumento de riqueza y perfeccionamiento técnico—, se desarrolla también la fuerza militar. En una guerra moderna, el ministerio de la misma pasa á segundo término, y al primero el ministerio de Municiones, que en tiempo de paz y preparación debe llamarse ministerio de Fomento. Después de esta guerra no medirá nadie la fuerza de un país por el número de soldados y de cañones, sino por su potencia industrial. Quien no vea así la cuestión de la defensa del país, es que quiere tirar el dinero de la nación al mar y seguir viviendo eternamente en el reino de las ficciones.

2 de Enero de 1916.

BRIAND EN ITALIA

Con el viaje de Arístide Briand y Albert Thomas á Roma—el espíritu diplomático y el espíritu organizador del grupo aliado—se desplaza á Italia el centro del interés político de la guerra. La llegada de los dos gobernantes franceses á la Ciudad Eterna coincide con el felicísimo desenvolvimiento del nuevo empréstito nacional italiano. A principios de Febrero se habían suscripto 2.625 millones de liras, cifra que aún ha de elevarse considerablemente hasta el día de la clausura, que es el 1.º de Marzo. Esta enorme suma de dinero, destinada á la continuación de la guerra, demuestra que ni la nación ni el Gobierno sienten desmayo alguno. Revela, al contrario, una firmeza de propósito y un espíritu de sacrificio que ha de sorprender á los que han querido hacer del nombre de Italia un símbolo de frivolidad y egoísmo.

Es bien curioso, y merece examinársele un momento, el fenómeno de antipatía hacia Italia que se da, tan difundido, en España. Por mi parte, no creo que existan pueblos fundamentalmente heroicos ó cobardes. Lo que llamamos valor y cobardía—¡cuán-

tas veces se es valiente por cobardía y cobarde por heroísmo!—rara vez son cualidades permanentes é inmutables, sino que varían según la presión social ó histórica del momento. Un ejército puede conducirse cobardemente, más que por miedo al enemigo, por miedo á la ineptitud de los propios jefes ó por no sentir el ímpetu ideal que comunica toda causa que se estima justa. Ese mismo ejército, en circunstancias opuestas, puede dejar tras sí estupendas hazañas de heroicidad.

Pues bien: lo característico de esta guerra, después de los errores y confusión de mando de los primeros momentos, es que los pueblos y ejércitos que en ella intervienen están animados de análogo espíritu de sacrificio. Cada nación, al decidirse por la guerra, tuvo conciencia, desde el comienzo, de que iba á una terrible ordalía de vida ó muerte. E Italia, no menos que las otras. Acaso más, por haber entrado en combate cuando la guerra se había manifestado ya en toda su ferocidad, en toda su enormidad, en toda su destructibilidad. Pero hay gentes que se admiran de que los franceses contengan á los alemanes en terreno llano, y se enojan porque los italianos no pasan como una flecha por entre las líneas austriacas de los Alpes. Se habla del maquiavelismo italiano, como hasta esta guerra se hablaba de la perfidia inglesa. Pero estos conceptos yacen ahí tan exánimes como otro que también andaba bastante difundido por el mundo: el de la dulzura teutónica. La

antipatía de algunos españoles por Italia sólo puede explicarse como un caso de esa desconsideración tan común entre los miembros de una misma familia.

Ciertamente, la cuestión balcánica, eterna manzana de la discordia, ha suscitado recelos y desconfianzas mutuas entre los aliados. Pero no es verosímil que el móvil de la conducta de unos y otros—la Historia dirá hasta qué punto ha sido defectuosa ó errónea—haya sido el egoísmo, la mala voluntad, el deseo de recoger la cosecha del esfuerzo ajeno. No creo que ninguno de los países beligerantes haya tenido el propósito de hurtarse al cumplimiento de su deber. Con plena probabilidad, ninguno de ellos ha querido aprovecharse de los demás. Mas es fácil que en la determinación del deber de cada uno y en el temor—tan humano—de excederse en el cumplimiento de ese deber, en beneficio ajeno, estén las causas de las dudas, vacilaciones y retrasos de la campaña balcánica. No son, pues, causas de deslealtad ó egoísmo, sino de acción desorganizada. Por esto ha sido menester un largo y penoso proceso de unificación militar y política, no completo todavía.

Precisamente, esa es la misión de Briand y Thomas. Concertada la unidad militar, era necesaria la unidad política, pues, en último término, son los Gobiernos los que tienen la iniciativa de las operaciones militares. El proyecto de Briand de establecer en París un Consejo diplomático será uno de los ensayos políticos más sugestivos que se han hecho nunca. Es

una aproximación á la idea de que, en tiempos de paz, se instaure en alguna ciudad europea, preferentemente en La Haya, un Congreso permanente de diplomáticos que discutan cuantas cuestiones y diferencias surjan entre sus Gobiernos respectivos. Así, ventilados los asuntos á plena luz, bajo el ojo crítico del mundo entero y la amistosa mediación de toda la diplomacia internacional, se evitarían seguramente numerosos conflictos, y acaso todos. La eficacia de esta idea hemos de verla en la realización parcial representada por ese Consejo diplomático de Briand. Tan pronto como se establezca—estará compuesto de todos los embajadores aliados, presididos por el ministro de Estado francés—, es de esperar que la acción político-militar de las naciones aliadas evitará los excesivos desgastes de frotación que hasta ahora la debilitaban.

He ahí un proyecto que podía tener sorprendentes ampliaciones. En torno á ese Consejo cerrado y secreto, se podría crear como círculo concéntrico más amplio otro Consejo, compuesto de los embajadores aliados y neutrales, para tratar de cuestiones políticas y económicas comunes. Y para que esto no suscitase sospechas en Alemania, los países neutrales podrían declarar que aceptarían un Consejo análogo, constituido en Berlín. Así comenzaría acaso la unificación política de Europa.

Pero Francia no se cuida sólo de unir los mandos militares y los Gobiernos de los países aliados para

los fines de la guerra. Siempre creadora y directora, Francia busca también la unión de las naciones aliadas, para la guerra y para la paz. La Prensa italiana de estos últimos días cuenta la misión del diputado francés Cachin. Ha ido á Italia á organizar el Parlamento de los aliados. Otra idea magnífica. Ya está á mitad de camino de su realización. Se trata de establecer en París un Parlamento compuesto de diputados y senadores ingleses, franceses, italianos, rusos, y es de suponer que serbios y belgas. La Cámara de los Comunes enviará diez y siete miembros, y ocho la de los Lores. Otros tantos, y en igual proporción, las dos Cámaras de Francia. Y supongo que harán lo mismo las Cámaras de los demás países. De este modo, junto á la representación de los ejércitos y de los Gobiernos, estará la representación de los pueblos. ¿No son todos estos, signos de una unidad superior que se está elaborando en el seno de Europa en guerra por encima de las nacionalidades? Se ha dicho y se dice constantemente que esta guerra es una exaltada resurrección del nacionalismo. Pero no. Fué un nacionalismo estrecho y corto de vista el que determinó esta guerra. Ahora, en medio de todo un continente ensangrentado, asistimos tangiblemente á la realización de una idea supernacionalista. Cada nación en guerra tiende á resolverse en una supernación ó internación.

14 de Febrero de 1916.

UNA GUERRA SIN NEUTRALES

Entre los raros fenómenos que han ocurrido durante la guerra, pocos habrá tan extraños, tan misteriosos, como esas catástrofes que acontecen por causas desconocidas. Un día es un barco de guerra que vuela en un puerto. Otro, un puente que salta. Otro, una fábrica que se incendia. Naturalmente, la fantasía de los beligerantes atribuye sin vacilación estos infortunios á los enemigos ocultos en la propia casa. Quizás en esto se exagere. Muchos de esos accidentes deben tener por causa la alta presión á que funciona el industrialismo puesto al servicio de la guerra. Pero cuando se tienen presentes las proezas del espionaje y la coincidencia de que esas catástrofes ocurran siempre en edificios ó vías de comunicación de importancia vital para la guerra, sería hacer excesivas concesiones al azar, al suponerle factor único en esas desgracias.

La sospecha de que en algunos de esos hechos, por lo menos, actúan voluntades intencionadas, se

corroborar al observar que los incendios de fábricas y voladuras de puentes se extienden á los mismos países neutrales. En los Estados Unidos están ocurriendo de continuo, y casi siempre en edificios donde se fabrica material de guerra para los aliados. El Canadá es otro de los países más castigados, acaso por su solidaridad con la metrópoli. Reciente está el incendio del Parlamento canadiense, no explicado aún. Ahora se dice que en los Estados Unidos se está urdiendo una conspiración para que un ejército de reservistas alemanes invada el Canadá. La fantasía va, probablemente, mucho más lejos de los límites de la realidad; pero las sospechas y temores no parecen en todos estos casos totalmente infundados.

La publicación de los documentos hallados en poder del capitán Papen hace alguna luz en asunto de suyo tan tenebroso. Como se sabe, el capitán Papen fué un agregado militar á la Embajada alemana en Washington. No pudiendo servir á su patria en los campos de batalla, fué todo lo activo que pudo en los Estados Unidos y en Méjico. De esta actividad dan testimonio algunas de las cartas particulares y oficiales de reconocimiento que se le encontraron. Pero, sobre todo, la pone de relieve la conducta del Gobierno norteamericano, al pedir al alemán que retirase á Papen de la Embajada en Washington. Con gran disgusto, Alemania hubo de llamar á este patriota, cuyo excesivo celo le hizo persona poco grata en los Estados Unidos. Provisto de un salvoconduc-

to, concedido por Inglaterra, con la condición de no cometer ningún acto antineutral, como la conducción de despachos, salió para Europa el pasado mes de Diciembre. Y, en efecto, al tocar en Falmouth el barco que le llevaba, y registrado su equipaje, se le hallaron numerosos documentos de carácter oficial. Ahora ha publicado el Gobierno inglés algunos de ellos, y, como apéndice, algunas reproducciones fotográficas de cheques que Papen pagó ó cobró en los Estados Unidos.

Entre los documentos hay algunos que confirman la convicción, ya universal, de que Alemania estuvo preparando su movilización antes de que Austria declarase la guerra á Servia, y que tomó su decisión aun antes del crimen de Sarajevo. Pero en este instante nos interesan más las circunstancias que se dan en algunos de los cheques. Hay uno de 200 dólares, á nombre de un tal Bridgeman Taylor, que fué de los Estados Unidos á Inglaterra á ofrecer sus servicios al Gobierno inglés. Luego se averiguó que su verdadero nombre es von der Goltz, y actualmente está detenido en Inglaterra. Otros dos cheques de 200 y 300 dólares, á favor de un tal Caserta, de Otta-va, también detenido, que se ofreció repetidas veces al Gobierno inglés. Otro cheque está extendido á nombre de Kuepferle; un espía alemán, de este mismo nombre, se ahorcó en una prisión inglesa hace unos meses. Pero los cheques más interesantes son: uno, por valor de 700 dólares á nombre de Horn,

que es probablemente el individuo que voló el puente de Vanceborough, y otro, á nombre de un tal Paul Koenig, detenido en los Estados Unidos como complicado en la tentativa de volar el canal de Welland, que une los lagos de Erie y Ontario, muy importante para la navegación, especialmente para el transporte de trigo á Inglaterra.

Papen dirigió en los Estados Unidos el «servicio secreto», esto es, el espionaje alemán. Por los documentos y cheques publicados, se ve que también tuvo parte activa en esa guerra oculta que Alemania, según se supone con abundantes fundamentos, está practicando en los Estados Unidos. Esta documentación, que sólo levanta una punta del velo, nos lleva por fuerza á preguntar si tales métodos de destrucción y terrorismo están circunscriptos exclusivamente á la República norteamericana. Recientemente han ocurrido en Cataluña algunos incendios en fábricas que sirven á Francia. ¿Será fantástica exageración la hipótesis, ya señalada por algunos periódicos de Barcelona, de que esos desastres obedecen á la misma voluntad que ha hecho volar barcos, saltar puentes y arder fábricas en otros países?

Hace poco decíamos que en esta guerra no había neutrales, en el sentido de que todos están influyendo poderosamente en su curso. Después de los hechos apuntados, hay que extender esta tesis, diciendo que, no sólo por esa razón no hay neutrales, sino también porque los beligerantes han llevado á ellos

la guerra. Destruir una fábrica, un puente ó un ferrocarril, que presta, en uso de un perfecto derecho, servicios á un país amigo, es un acto de guerra cuando lo dirige ó inspira un funcionario beligerante, como ha sido el caso de Papen en los Estados Unidos. Esta forma oculta de hacer la guerra es, en la presente, una verdadera novedad, poco grata para los neutrales.

Los Gobiernos de esos países neutrales deberán extremar su vigilancia y su severidad. Por lo menos, que la guerra sea franca, con todas sus consecuencias.

20 de Febrero de 1916.

EL PATRIOTISMO Y LA ESCUELA

El patriotismo y la escuela es una de las cuestiones más hondas que ha suscitado la guerra. Los hombres de hoy piensan en los hombres de mañana; los unos, para prepararlos á ganar la guerra futura si se pierde la de hoy; los otros, para enseñarles á evitar nuevas guerras, ya que ellos no pudieron evitar esta. El espíritu humano, ante un terrible presente, tiene la necesidad psicológica de delegar en el porvenir la solución de lo que él no pudo resolver. El cansancio obliga á aplazar las cosas para el mañana; la impotencia senil contempla, esperanzada, el vigor de la juventud.

Pero aparte de esta ley psicológica, no hay duda que la escuela es el yunque más eficaz para la forja de las almas. Las naciones serán lo que los maestros quieran que sean. He aquí una nueva fuerza social que todavía no había merecido toda la atención necesaria. Quizás han sido los alemanes los primeros que han utilizado la escuela como instrumento pa-

triótico, de lucha y conquista. Ya es un lugar común internacional la frase de que la guerra de 1870 la ganaron los maestros alemanes. Y, probablemente, pronto será también un lugar común internacional la afirmación de que los maestros alemanes engendraron la guerra de 1914.

Obedeciendo á la ley de continuidad histórica, los espíritus más sagaces se han planteado, por consecuencia, la cuestión del patriotismo y la escuela. En algunos países, antes de haberla debatido teóricamente lo bastante, se han formado organismos prácticos para imponérsela á los Poderes públicos, lo cual equivale en cierto modo á colocar el carro delante del caballo; pero ello es signo, de todas suertes, del interés que la cuestión despierta. En Londres, por ejemplo, se ha constituido un Comité para la Enseñanza del Patriotismo en las escuelas, y ha visitado al ministro de Instrucción pública, el laborista Henderson, para notificarle su existencia y presentarle un somero programa. Ciertamente, lord Sydenham, que hizo la presentación del Comité, precipitóse á declarar que esa enseñanza no estaría animada de espíritu «jingoísta», esto es, espíritu de agresión y superioridad sobre las demás naciones, sino de un sentido social que, á juicio suyo, había flaqueado en el periodo del reclutamiento. Esto es ya, en cierta manera, una definición del patriotismo, pero insuficiente aún para elevarla á sistema pedagógico. Ese Comité parece corresponder á cierta campaña que

actualmente se hace en Inglaterra, para que las escuelas cuyos maestros han ido á la línea de fuego no sean dadas á cuáqueros y otras gentes que, por motivos de conciencia, han sido exentas del servicio militar. «¿Qué dirán los hombres del frente—se pregunta un corresponsal del «Times»—si mientras ellos luchan y mueren por su país se les enseña á sus hijos que, bajo ninguna condición, se debe combatir por el rey y la patria?»

La cuestión, para ser precisos, no consiste en si ha de enseñarse ó no á los niños á ser patriotas, sino sobre cuál debe ser su patriotismo. Toda la dificultad estriba en ponerse de acuerdo sobre el concepto de patriotismo. Todo hombre debe tener una clara noción de sus relaciones con el país donde ha nacido y él ha aceptado como patria; en esto concuerdan todas las escuelas políticas, excepto la anarquista, para la cual no hay deberes sociales. Lo arduo es llegar á un acuerdo unánime sobre las relaciones que han existido, existen y deben existir entre la propia nación y las demás.

Desde que hay escuelas, y en el hogar, antes de que las hubiera, siempre se ha enseñado á los niños un patriotismo del género que podríamos llamar histórico-heroico. Este patriotismo es sencillamente un falseamiento de la Historia, el cual hace creer á los niños que su país ha sido y es, en todos los órdenes, el más grande de la Tierra, y que todos los demás pueblos forman una almáciga de vilezas, traiciones y

brutalidades. Hace algunos días, D. Luis Simarro, uno de los españoles más sabios, sagaces y sugestivos de nuestro tiempo, contaba en la conferencia que dió en el Ateneo sobre «Educación del patriotismo»—es doloroso que no haya tenido en la Prensa la resonancia que se merecía—, que él llegó á mayor de edad creyendo que los españoles habíamos ganado la batalla de Trafalgar. Y no es, seguramente, el único á quien esto le ha ocurrido.

Pero ahora no basta, por lo visto, este tipo de patriotismo. Es menester enseñar á los niños que la propia nación sigue siendo la más grande, la más noble, la más sabia, la más fuerte de la Tierra, y, por lo tanto, la más envidiada, la más odiada, la más acechada por el resto del mundo para caer sobre ella en silencio y asesinarla por la espalda. La consecuencia de esta concepción patriótica es que hay que estar preparados, armados hasta los dientes, dispuestos á sacrificar vidas y haciendas por la patria cuando el rey ó el emperador lo decidan. Sobre la oportunidad del momento sólo el monarca y sus consejeros son los llamados á resolver, los cuales representan algo así como el cerebro del Estado, al que deben someterse ciegamente los demás miembros del organismo social. Y si alguien siente inclinación á preferir la paz, es seguramente porque ignora el error en que vive. La paz es podredumbre; la guerra, purificación. La paz degrada al hombre; la guerra le sublimiza, le diviniza. «Dios nos salve de la corrup-

ción que sufren los pueblos europeos y nos regale con una guerra refrescante y gozosa que conmueva á Europa, moralice á los pueblos y destruya á la canalla sin escrúpulos y todo cuanto nos hace estrecho el mundo, para que todavía se pueda vivir como hombres en medio de un aire tan viciado.» Estas palabras fueron escritas á mitad del siglo pasado por el historiador alemán Heinrich Leo y le sirven de introducción al pedagogo alemán Adolf Matthias para su opúsculo «Krieg und Schule» («La guerra y la escuela»), publicado recientemente. En este trabajo está desarrollada, con desnuda y terrible claridad, la teoría del patriotismo que acaba de esbozarse.

Frente á este patriotismo de agresión y conquista se alza el que, á juicio del Sr. Simarro, según lo expuso en la magnífica conferencia antes citada, debiera enseñarse en las escuelas. Un patriotismo que no falsifique la Historia; que no trueque la simpatía que le sirve de base, como á todos los sentimientos gregarios, en odio ó desprecio hacia los que no pertenecen al mismo grupo social; que no exalte artificialmente el orgullo y la vanidad que surgen por fatal necesidad psicológica del hecho de formar parte de un grupo; que, en vez de extranjeros y propincuos enemigos, vea hombres y amigos potenciales. Un patriotismo que no cese bruscamente en tal ó cual línea fronteriza, sino que extienda indefinidamente á los demás pueblos, según el grado variante de conocimiento y distancia respecto de ellos, el sentimiento

de solidaridad que le es básico. Un patriotismo, en suma, en que la idea de ciudadano no anule en absoluto, como quiere el patriotismo antagónico, la idea de hombre.

Esta es la disputa que la guerra ha traído á la región de la pedagogía. Era inevitable y necesario que la guerra ideológica invadiese también la escuela.

7 de Abril de 1916.